

Cultura de Prevención. Respuestas, códigos, parodias y paradojas

Jaime Llacuna Morera

CULTURA... HE DICHO CULTURA... (PROPIAMENTE DICHA)

Es muy frecuente y normal que definamos el término cultura como el conjunto de interpretaciones de la realidad que determinan una específica forma de actuar del grupo. Así las creencias, los ritos, las costumbres, la lengua, las fiestas, etc. implican a prácticamente la totalidad del grupo (siempre hay individuos que no “entran” totalmente en las manifestaciones estandarizadas y son, por ello, marginados o considerados extraños). Todo esto es más que sabido y, por lo tanto, sería poco original y aburrido seguir insistiendo.

En todo caso, las manifestaciones producto de una “reacción cultural” suelen estar en lo más profundo de la inconsciencia individual y colectiva. Esta inconsciencia permite la respuesta automática ante el estímulo, de mane-

ra que los individuos actúan inmediata y mecánicamente ante la situación concreta que se les plantea. Y...¿esto es bueno? Pues supongo que ni bueno ni malo, sino todo lo contrario, en todo caso sólo nos plantea el problema de la “necesidad”. Se trata de un mecanismo de respuesta preparado para que la persona (o el animal) no decida a través de complejos mecanismos de pensamiento la respuesta que, de esta manera, es rápida y, probablemente, correcta dado que es producto de la experiencia, de la viabilidad, de la constatación operativa de los resultados, etc. No es necesario pensar, se actúa y se acabó. La respuesta ha sido constatada a lo largo de los tiempos como positiva y se espera (y es necesario) que si se ha dado n veces se dé $n+1$. Si esto es así...”todo está bien”, la cultura se encarga de solucionar nuestros problemas y la vida del grupo se mantiene en la línea continua de la tradición absoluta, la que nos facilita la exis-

tencia y la que nos “tranquiliza” en toda manifestación conductual.

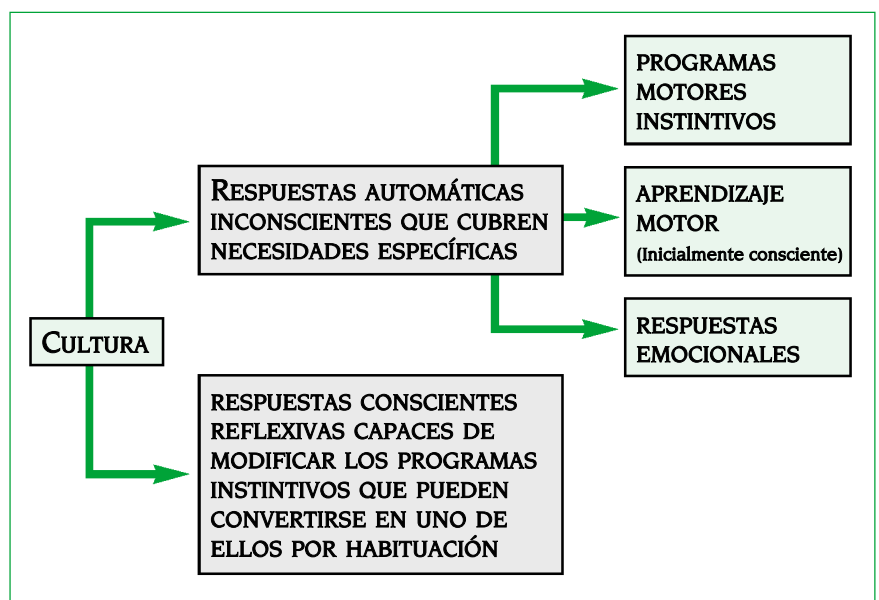
En este sentido, la cultura supondría un determinado tipo de respuesta ante un estímulo concreto. Estímulo que nace de la percepción de un signo (estructuralismo de Saussure), que puede incluso ser únicamente lingüístico, el cual actúa de “disparo”. Lógicamente, antes dicho estímulo ha sido cargado de un contenido semántico lo suficientemente fuerte y significativo para que se produzca la respuesta esperada. Signo que no es cargado de la misma manera en todos los grupos. La carga semántica de cada signo pertenecerá a la experiencia, en las n situaciones en las que se ha dado la respuesta correcta. La cultura supone el mensaje que se percibe para, y esta proposición es importante, que se dé una conducta concreta. La cultura supondría por lo tanto un patrón de actuación de la misma manera que la lengua es también común a todo el grupo y que es cargada cada palabra (y cada relación morfosintáctica y prosódica) de manera que la decodificación sea universal a todos los integrantes del grupo.

Dicho esto, queda más o menos claro que hablar de cultura supone, en principio, hablar de una determinada actuación prevista, asegurada, en el mismo momento en el que se produce el estímulo. Casi estamos hablando de un cierto conductismo en el que el estímulo desencadena una respuesta previamente conocida y que ella es la respuesta “correcta”. ¿Impide ello una respuesta particular a partir del análisis consciente de la realidad, de la situación específica, de la libertad de elección? ¿Es la cultura, así entendida, la negación de una toma de decisiones, de la apreciación subjetiva de la reali-

dad y de la respuesta que particularmente queremos dar a ella? ¿Podría la cultura-respuesta uniformada estar originada por capas de la propia sociedad interesadas en que se den unas respuestas y no otras (marxismo)?

Las respuestas deseadas establecen un código limitado, fuera del mismo es imposible actuar, o la actuación es rechazada por el grupo e incluso por el propio individuo (culpa). En tanto esto es así la cultura es un mecanismo limitante de la conducta humana. ¿Es necesaria dicha limitación? Probablemente lo es en tanto estructura un mundo de relaciones interpersonales que, como decíamos, decodifican de la misma manera el signo y en ello encuentran la posibilidad de comunicación y, en consecuencia, de vida en común. Los signos disparan la acción pero a su vez la limitan a unas pautas concretas y preestablecidas.

Cuando nos referimos a la cultura (la que deseamos) lo hacemos pensando en que el código (o códigos) que la determinan implican, por el simple hecho de ser “culturales” una constante evolución. Es evidente que ello es así siempre, pero tal vez la velocidad o, especialmente, la racionalidad de la evolución es más deficiente de lo que esperaríamos.



Suponemos una cultura “activa”, valga la expresión. Modificada por la constatación de que la sociedad evoluciona, de que el pensamiento no es único, de que es contrastable y que el error es más común de lo que imaginamos. Es evidente que no podemos modificar una lengua cada día, la lengua puede que incluso determine la propia realidad percibida, pero sí es cierto que si una lengua puede ser el código más concreto de una manifestación cultural, también los signos que la forman son adaptables, modificables en su contenido semántico, según la evolución social o, incluso, ayudando a tal modificación. El código es un código vivo. De esta cultura deseamos hablar.

RESISTIR NO ES VENCER. EL CEREBRO SE RESISTE A LA NOVEDAD

Todos hemos hablado un montón de veces de la famosa “resistencia al cambio”. Es evidente que las fuerzas de la cultura (por denominarlas en estos términos tan dramáticos) tienden al inmovilismo. Es natural que los códigos intenten perpetuarse a lo largo de los tiempos y actúen de determinante de la conducta humana en la evolución del grupo. El código tiene, por naturaleza, voluntad de permanencia, pero es bien sabido que incluso la herencia genética evoluciona a partir de la experiencia, evoluciona probablemente contra su propia voluntad pero manifestando el egoísmo propio de su existencia (Dawkins). Por decirlo de alguna manera: el código modificará los contenidos semánticos de sus signos a medida que la necesidad lo obligue, a medida que las variables que favorecen el cambio resulten más positivas para la consecución de los objetivos. Y los objetivos son, siempre, adaptativos a la realidad, a la pervivencia más segura de los indivi-

duos (de todo tipo). Esto supone evolucionar permanentemente (Darwin y, hablando de resistencia al cambio, Kurt Lewin).

O bien la realidad genera aspectos importantes que obliguen a los signos culturales a adaptarse al cambio o bien se generan, por los mecanismos que sean necesarios, aspectos que reduzcan la violencia a dicho cambio. Por decirlo en otros términos: o el vector evolución/cambio es tan fuerte que penetra la dura realidad o la dura realidad reblandece y permite que un vector no especialmente potente la penetre. Estaríamos hablando de necesidades que en un momento concreto se hacen indispensables para la continuidad del grupo, y en ese momento se generaría un cambio o el grupo retrocedería o estamos hablando de una cultura que se flexibilizaría para generar motivos de cambio. Esta última posibilidad supone que un análisis, seguramente racional de la situación, resuelve modificar un contenido obligando a que la cultura (como elemento represor) no interfiera como creadora de tensión (Palo Alto).

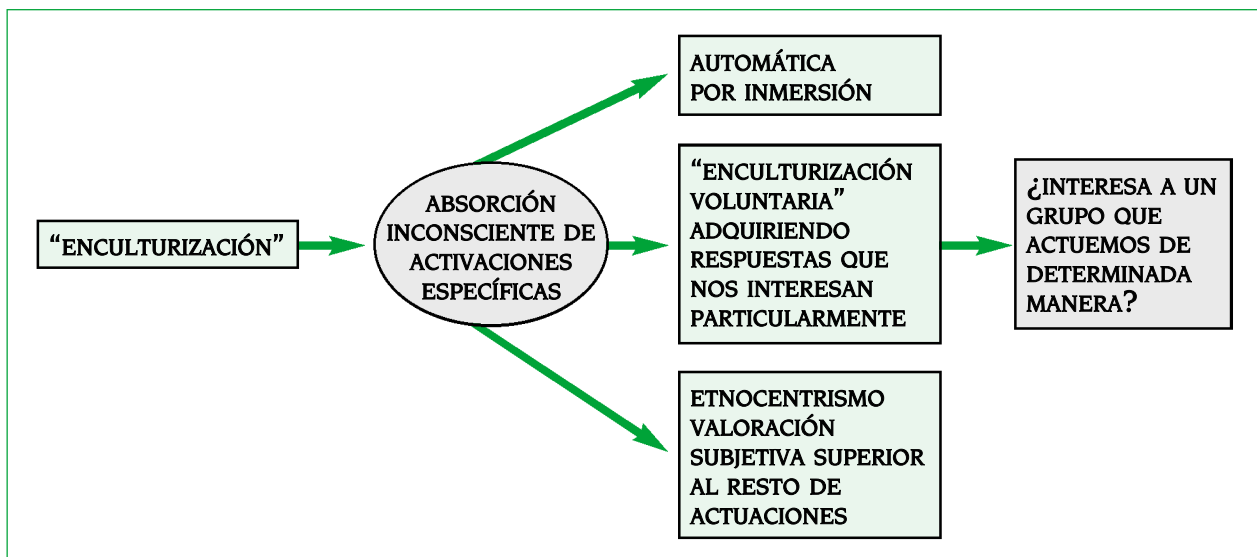
Los científicos del Instituto Tecnológico de Massachussets han llegado a determinar incluso que el cerebro detecta que una nueva situación a la que se enfrenta no pertenece a la cultura “normal” en la que el individuo se desarrolla. Si, además, el nivel de identificación que dicho individuo tiene con “su” cultura es muy alto, los aspectos “extraños” (no pertenecientes al código cultural) le suponen una fuerte inversión energética. El individuo (cerebro) no entiende lo que está ocurriendo, las nuevas propuestas (realidad contextual) activan por encima de lo normal las áreas frontal y parietal de la corteza cerebral. Esta actividad notablemente mayor se da en las áreas del cerebro que, precisamente, posibilitan el control racional (consciente) de la atención y de la capacidad de análisis. La excitación supone el rechazo, en principio, de aque-

llo nuevo, de lo desconocido, de lo que no entra en la concepción normal del código. La activación de dichas áreas cerebrales es mucho menor cuando las propuestas (percibidas) coinciden con los signos culturales propios del individuo. Dicho en otras palabras: el individuo tiende al inmovilismo, le resulta más cómodo y, como decíamos, la cultura le proporciona el conjunto de respuestas automáticas capaces de mantenerse en “equilibrio” sin demasiado esfuerzo y sin demasiada angustia ante un posible error o una toma de decisión que pueda ser contraproducente. Cambiar supone un esfuerzo, inicialmente, contra natura.

El denominado proceso de “enculturación” supone la adquisición involuntaria de los signos culturales. El mecanismo inconsciente de adquisición de respuestas ante determinados estímulos que la realidad produce. El individuo se identifica con ellos de manera inconsciente (incluso la lengua) a través de las capacidades biológicas de absorber las características de la realidad que le envuelve. Incluso la lengua, como decíamos, se adquiere a través de lo que se ha denominado el “instinto de la lengua” (Pinker). A pesar de la automatización de los signos culturales simplemente por

inmersión, existe lo que se ha denominado la “enculturación voluntaria”, la capacidad socializadora consciente de adquirir determinadas respuestas porque nos interesa de manera específica. Este tipo de cultura (si podemos hablar de “tipos” de cultura) aparece como un acto voluntario de aprendizaje y, en consecuencia, como un cierto cambio según los intereses (grupales o individuales) del momento. El aprendizaje de nuevos signos, por lo tanto, supone un cierto deseo de cambio de los que considerábamos anteriormente como permisibilidad de los esquemas culturales para posibilitar situaciones que nos favorezcan puntualmente. Determinadas sociedades asumen voluntariamente una manera de comportarse porque ello les favorece de una manera u otra, ante otros grupos o ante sí mismos. Es un mecanismo de valoración generado por el grupo que suele caer en situaciones de “etnocentrismo”, es decir en creencias de que todo el mundo es perceptible y valorable desde la única óptica de nuestros valores culturales.

¿Puede la percepción de un acto seguro o inseguro (salud) pertenecer al “tipo” de cultura deseado socialmente? ¿Puede interesarnos interpretar la seguridad o inseguridad de



determinada manera para algún tipo de fin grupal inicialmente desconocido? ¿Podemos aprender a modificar (cambiar) la natural aversión a la inseguridad porque algún interés extraño nos obligue a ello? ¿Puede la natural resistencia al cambio de la que hablamos ceder ante la exigencia aprendida de no reconocer actos inseguros? ¿Hemos socializado una respuesta específica ante la seguridad o inseguridad porque interesa a alguien con suficiente poder como para determinar cambios culturales? Lo “normal” es protegerse ante la inseguridad, ante aquello que atente nuestra integridad. ¿Por qué desafiamos el peligro? “Resistimos” valerosamente, como actores de un espectáculo de riesgo, porque existe una valoración positiva concreta de dicha aceptación. Y lo que supone un cambio cultural (aceptar un riesgo) es un desafío a nuestra integridad como seres vivos. Pero resistir en esta concepción no es vencer.

“MIRAN CON AIRE ENFURRUÑADO, IGNORANDO QUE LA CULTURA ES PARODIA: AMOR Y PARODIA.” (THOMAS MANN. *Carlota en Weimar*)

Thomas Mann escribe una interesante, psicológica y larga novela convirtiendo a Goethe en el centro de la trama cuando éste, ya vencido por la edad, se encuentra de nuevo con un amor de juventud que había sido fuente de inspiración para una de sus obras fundamentales (*Werther*. El amor es Lotte en la novela y parece que Carlota en la realidad inspiradora). En la senectud y refiriéndose al amplio conjunto de manifestaciones “sociales” que se establecen en todo tipo de relación humana, Mann hace decir a Goethe la frase con la que introducimos el párrafo: la cultura es, básica-

mente, una parodia. Una obra de teatro con el texto bien aprendido y que resulta críticamente humorística bajo la mirada subjetiva de cada persona. Quiere decir algo aleatorio que se ha convertido en conducta predeterminada y que incluso puede ser motivo de burla. Siempre hacemos lo mismo, siempre pensamos lo mismo, siempre reaccionamos de la misma manera ante los hechos de la realidad. La mecánica de la actuación se convierte en la parodia de la misma realidad. Muy serios, los elementos de las diversas culturas actúan mecánicamente sin permitirse demasiadas innovaciones que pudieran suponer alguna interpretación fuera de lo “normal”. No existe la reflexión racional sobre la realidad que nos permita modificarla. Los mecanismos de respuesta condicionada actúan en todo momento para facilitarnos la tarea de vivir. Es cierto que dicha actuación ha nacido del “amor”, es decir: del deseo. Amor y parodia. La conducta se adquiere como algo necesario y su constante repetición niega toda evolución. Es necesario replantearse nuevamente (amor) la situación para hallar nuevas respuestas más coherentes con las nuevas variables. ¿Podemos percibir el carácter absurdo de un comportamiento y modificarlo aunque pertenezca éste a la tradición? ¿Sería un mecanismo de reflexión y capacitaría para la modificación la conciencia de realizar mecánicos actos poco coherentes con la realidad? ¿Sería la capacidad crítica de percepción la que ayudaría a nuestros propósitos de cambio? ¿Es la propia parodia el mecanismo de salir de ella? Si una conducta concreta atenta nuestra supervivencia y dicha conducta está incrustada indeleblemente en lo que denominamos “cultura” ¿sería la percepción crítica de la parodia en la que nos hallamos el mecanismo de surgir de ella? ¿Es necesario que nos riamos de nuestras propias actuaciones, anali-

zando su absurdidad, para que podamos modificarlas? ¿Sería factible percibir como absurda una conducta que atentara contra nuestra salud por más inserta que estuviera en alguna idea grupal? A la modificación cultural por el análisis crítico y jocoso de la realidad. Determinados actos inseguros (trabajo, por ejemplo) suponen el mantenimiento absurdo de alguna tradición macabra (no protegerse como reafirmación de algún extraño ego), que debería ser analizada a la luz de la comedia, de la burla, como perteneciente a un hecho cultural anclado en otros momentos y otras concepciones del mundo y de la vida. Es la “cultura” fosilificada, la tradición absurda, la falta de lógica evolución, de razonamiento, el estancamiento de la capacidad reflexiva de nuestro cerebro.

Y AHORA.... UNA PARADOJA CULTURAL (EN PRL). INSEGUROS SOCIALES Y SEGUROS EN LA “SEGURIDAD”

En 1991, el psicólogo holandés Geert Hofstede realizó un estudio para IBM que se convirtió rápidamente en modelo de referencia de parámetros culturales. La psicología social debe mucho a este autor como investigador capaz de resumir en cuatro parámetros la esencia de un grupo social. Hofstede lo aplicó a los grupos-naciones de manera que pudieran compararse, a través de diversas apreciaciones antropológicas, las similitudes y diferencias fundamentales entre dichos grupos. Analizó 50 países y 3 áreas culturales (países árabes, África Oriental y Occidental). Fueron entrevistadas 117.000 personas. A raíz de ello se confeccionó una “escala de valores” (escala de actitudes tipo Likert) atendiendo a aspectos culturales de los grupos (Escala multicultural de Hofstede). La ver-

sión abreviada contempla una serie de parámetros de investigación social entre los que nos interesa destacar el primer bloque. En él se contemplan (y estamos hablando de una investigación a nivel mundial) aspectos como “tener buenas condiciones físicas en el trabajo”, “tener buena relación con el superior directo”, “tener estabilidad laboral” o “trabajar con personas con espíritu de equipo”. Esto por lo que hace referencia al bloque que se introduce diciendo: *Piense, por favor, en un trabajo ideal –sin tener en cuenta su trabajo actual, si lo tiene. Al escoger un trabajo ideal, qué grado de importancia tendría para usted...*

A Hofstede le interesaba poder organizar las naciones y los grupos culturales en un “ránking” que evaluara cuatro parámetros clasificadores de las diversas culturas. Los cuatro parámetros de Hofstede han pasado a la historia de la investigación social tanto por su absoluta validez científica como por su creatividad y por ser capaces de analizar los grupos desde una óptica propiamente “histórico/evolucionista”, lo que da el carácter más potente y elegante a la definición cultural de las naciones y áreas estudiadas.

Dichos parámetros son: “Distancia de poder o jerárquica” que evalúa las desigualdades que se establecen en las comunidades entre el ciudadano y el poder; “Individualismo frente a colectivismo”, que determina los niveles de unidad de supervivencia (individuo versus grupo); “Masculinidad frente a feminidad”, que mide las sociedades que tienen muy claras las competencias sexuales de sus elementos y, finalmente, la “Evaluación de la incertidumbre”, que vendría a ser el estudio del nivel de ansiedad presente en una cultura a partir de los mecanismos que cada una de ella tiene para controlar la incertidumbre de la cotidianidad. Estos cuatro parámetros definirían los aspectos básicos de la cultura de una “nación” o área geográfica. Hofstede, como ya hemos indica-

do, parte de una realidad social de carácter histórico que permite identificar, globalmente, grandes áreas geográficas a través de signos de identificación propios, a partir de la evolución histórica (generadora de los usos, ritos y costumbres que confieren la base de una “cultura”). A partir de estos estudios, el autor pudo organizar las culturas estudiadas en un ránking de 53 posibles posiciones.

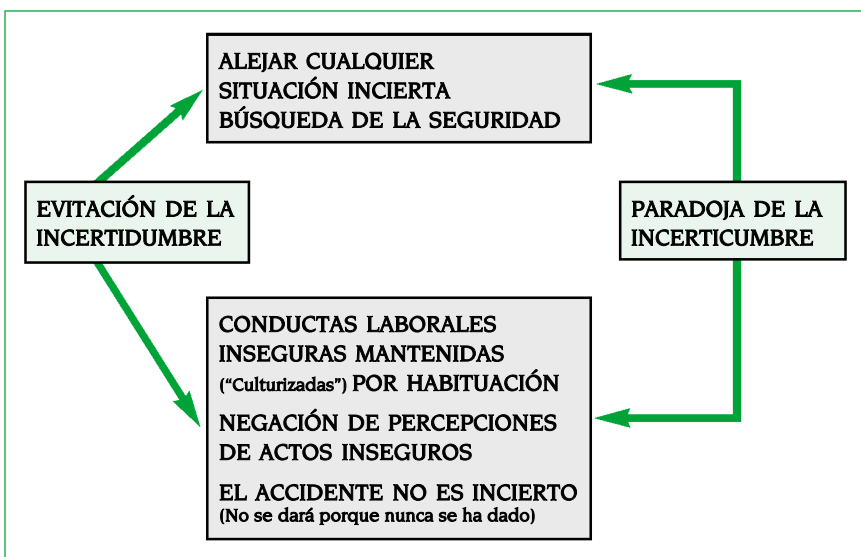
Como curiosidad diremos que España está en el puesto 31 en “distancia de poder” (esto es una posición medio/moderada, lo que supone una posición media en la percepción de las desigualdades sociales); está en el 20 en “individualismo frente a colectivismo” (lo que le da un carácter de ligeramente individualista); en el puesto 37 en “masculinidad/feminidad” (esto supone una posición moderadamente femenina, esto es: valoración de la calidad de vida, lugar de trabajo agradable, relaciones armoniosas, ocio, consenso y negociación, etc. Recordemos, para los más críticos y para los que pueden crearse demasiadas esperanzas, que la posición española es sólo moderadamente femenina, pero más vale eso que nada). Finalmente, y aquí entramos en un problema de apreciación y contradicción que desearíamos comentar (la paradoja cultural en

Previsión de Riesgos Laborales), en “evitación de la incertidumbre” ocupamos la plaza 10, lo que nos otorga el título de grupo con una fuerte evitación de la incertidumbre.

Esta plaza nos define como una sociedad ansiosa, con un gran miedo hacia lo desconocido (la incertidumbre) capaz de generar mecanismos que eviten cualquier tipo de inseguridad (estabilidad laboral, familiar, financiera, etc.) Es una sociedad cargada de normas, leyes, rituales, etc. que, consciente o inconscientemente, deben protegernos de la posible “movilidad” a la que la vida moderna puede someternos. Es una sociedad con miedo a la novedad, que no asume riesgos, cuyos directivos dejan poca intervención al personal a sus órdenes, que se desconfía de novedades e inquietudes y las discrepancias suelen verse como una amenaza.

Y en un tipo de sociedad tan “protegida” ante las amenazas “de la vida”... ¿por qué no se da una extrema protección frente al riesgo de perder la salud? Parece que existe una notable contradicción. Parece que es precisamente en la percepción del riesgo laboral en lo que los españoles somos menos “incierto”. Nada malo va a ocurrirnos, todo lo tenemos controlado, no es necesario estar permanentemente

alerta porque nuestra experiencia nos impide cualquier riesgo, no es necesario trabajar día a día en prevención porque nuestras leyes (nuestra burocracia) ya trabaja por nosotros, no es necesario implicar a todos en la prevención porque nada puede ocurrir, porque no hay accidentes en nuestras pequeñas y medianas empresas (que son casi todas), porque no se perciben individualmente en las mismas, porque los empresarios y trabajadores no perci-



ben la materialización cercana del riesgo (desconociendo la elevada siniestralidad global). El empresario y el trabajador no perciben la incertidumbre del accidente. En un juego de palabras podríamos decir que somos “inseguros sociales y seguros en la seguridad”.

Podría ser constatando la contradicción (a Hofstede tal vez le ha faltado estudiar el parámetro “contradicciones internas en las culturas”) y constatando también que una sociedad moderna y progresista debería, a nuestro entender, invertir los términos de la incertidumbre. Más apertura a lo novedoso, a la aventura, a la responsabilidad personal, a la creatividad y más control, por parte de todos, de aquello que puede sernos dañino y puede impedirnos, desgraciadamente, la realización competente de nuestra vida, tanto en grupo como individualmente.

“LAS COSAS BUENAS NO DEBERÍAN CAMBIAR NUNCA” (ANUNCIO TELEVISIVO DE LONGANIZA)

Las cosas “buenas” son las que son interpretadas positivamente por la persona, las que no representan una agresión y su manifestación permanentemente supone un beneficio para el individuo y el grupo. Lógicamente, ese carácter benefactor de las cosas buenas puede darse también no únicamente por la calidad positiva de la manifestación sino por no originar ningún problema su perpetuación, por ser algo “normal”, “natural”, que se ha dado siempre y no obliga a plantearse las cosas de otra manera.

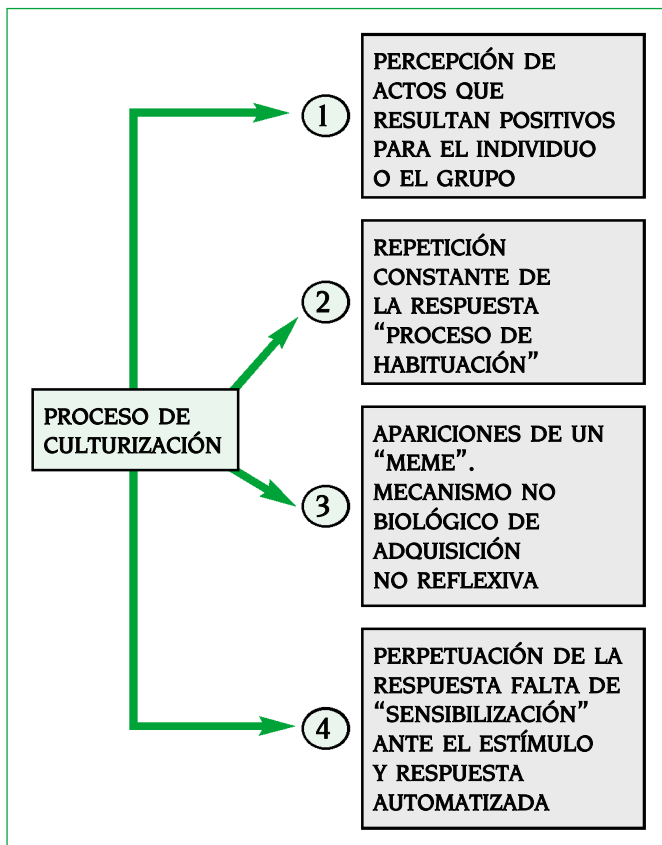
Las interpretaciones de la realidad y las respuestas a sus particularidades se incorporan a la cultura a medida que son consideradas buenas, por una razón u otra, y ello hace que se perpetúen mientras no se dé alguna alteración

que las modifique. Lo interesante de la incorporación a la cultura de determinadas manifestaciones y respuestas en el tema que, más o menos, nos ocupa (la PRL) es que sigue algún tipo de normas ya estudiadas en otros foros. Se supone que el “riesgo” capaz de ser perpetuado en la tradición cultural de un grupo está en relación a determinadas situaciones:

- La respuesta se minimiza cuando el riesgo es permanente
- Si sale fuera de lo “normal” es difícil que se den respuestas automáticas (culturales) y la improvisación puntual suele ser poco eficaz
- Los riesgos que afectan al grupo en su totalidad suelen verse poco “personales”, de manera que se convierten en poco actuales individualmente
- Los riesgos asumidos personalmente son considerados más fáciles de controlar
- Los riesgos se asumen más difícilmente si se habla de ellos, si se hacen públicos
- La respuesta cultural frente al riesgo suele darse como una manifestación fundamentalmente inconsciente

Estas características hacen que una manifestación cultural como la que estudiamos, el riesgo, se incorpore en el grupo de manera indeleble y que dificulte la operación racional realizable individualmente. A esto se le denomina “meme” (Blackmore). Al elemento de una cultura que puede considerarse transmitida por medios no genéticos, especialmente por imitación. Al final, los memes se incorporarán incuestionablemente, con el tiempo, a la base genética de la evolución. Así podríamos decir que los aspectos que forman parte de la evolución genética fueron memes que el grupo aceptó y traspasó porque le eran positivos, porque no debían cambiar nunca, porque eran buenos.

¿Es bueno el arte del toreo que desafía la muerte ante un riesgo grave? ¿Es bueno el



menosprecio del riesgo deportivo que supone la superación de la persona frente a sí misma y frente a los otros? ¿Es bueno el riesgo asumido porque supone una ganancia económica o una falta de gasto preventivo? ¿Es bueno el riesgo asumido que manifiesta una curiosa valentía ante otras personas? ¿Sigue siendo bueno el riesgo voluntario que se asume porque minimiza el esfuerzo, físico o intelectual? ¿Es bueno, positivo, correcto y aceptable el riesgo que se asume porque siempre se ha realizado la acción de la misma manera y nunca ha ocurrido nada que modifique tal actuación? ¿Sería malo si habláramos de ello, si nos preocupara, si fuera un inconveniente que rompiera nuestra feliz monotonía?

Nuestra teoría es que existe en la cultura (en la particular cultura de los pueblos, siendo diferente en cada uno de ellos) una notable cantidad de manifestaciones que hacen "bueno" el riesgo lo que comporta una grave

dificultad en el momento de requerir un cambio de conducta, una modificación en la forma de actuar, de trabajar, una modificación en la actividad preventiva. La cultura ha asumido "meméticamente" el riesgo y la realidad se nos hace muy difícil cuando intentamos modificar alguna manifestación propiamente "anticultural". Pedir a un trabajador que se proteja cuando ha trabajado de una determinada manera toda su vida supone, como mínimo, el requerimiento de una acción no contemplada en su acervo cultural. ¿Es necesario que se produzca el cambio? Por supuesto... pero tendremos que entender, si deseamos ser eficaces en el proceso del nuevo aprendizaje que esa actuación se enfrenta a una decisión (probablemente inconsciente) de índole cultural. Modificar un esquema cultural supone generar un meme nuevo, una conducta imitable y asumida como buena, que se oponga de manera contundente a la manifestación que deseamos alterar. Si consideramos que no es bueno el exceso de velocidad, deberemos promover una respuesta grupal que no refuerce ni valore positivamente dicha conducta, que genere, con el tiempo, (hablando, como decíamos) una oposición de base emocional (respuesta inconsciente homeostática), un cambio en la interpretación de la conducta, un nuevo meme, imitable y asumible paulatinamente en la nueva cultura.

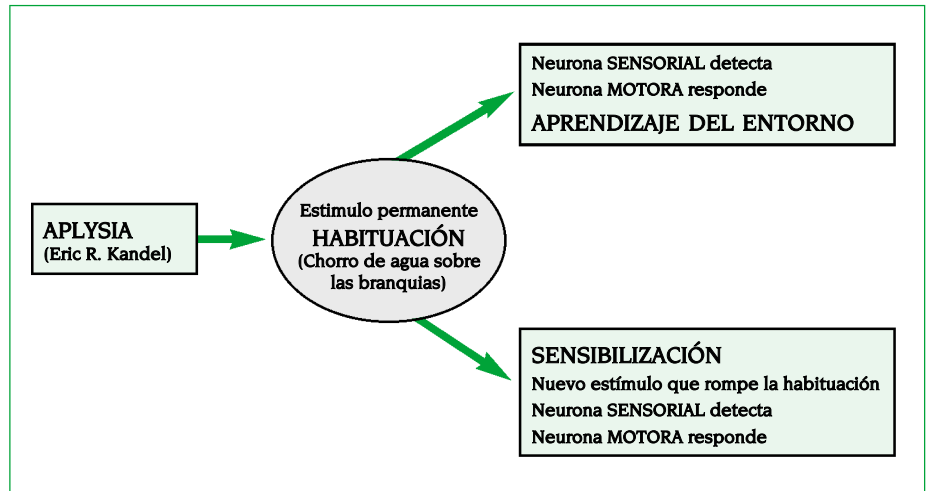
LA DISMINUCIÓN DE LA INTENSIDAD DEL REFLEJO DE SOBRECOGIMIENTO (APLYSIA)

La percepción de un accidente sobrecoge, supone un golpe, un "disparo" (Damasio) emocional, es decir: una respuesta homeostática de nuestro cerebro (subcortical, sistema límbico, amígdala) que se defiende teniendo

miedo, apartándose, huyendo, afrontándose o de cualquier otra forma del hecho aversivo que se le ha presentado. Lo que ocurre es que la manifestación permanente de esta situación que, inicial y conscientemente, se nos presenta como negativa se transforma en una percepción natural, corriente sin que genere ya ningún tipo de “sensibilización”, el cerebro se ha “habituado” a la percepción negativa (habituación. Morgado).

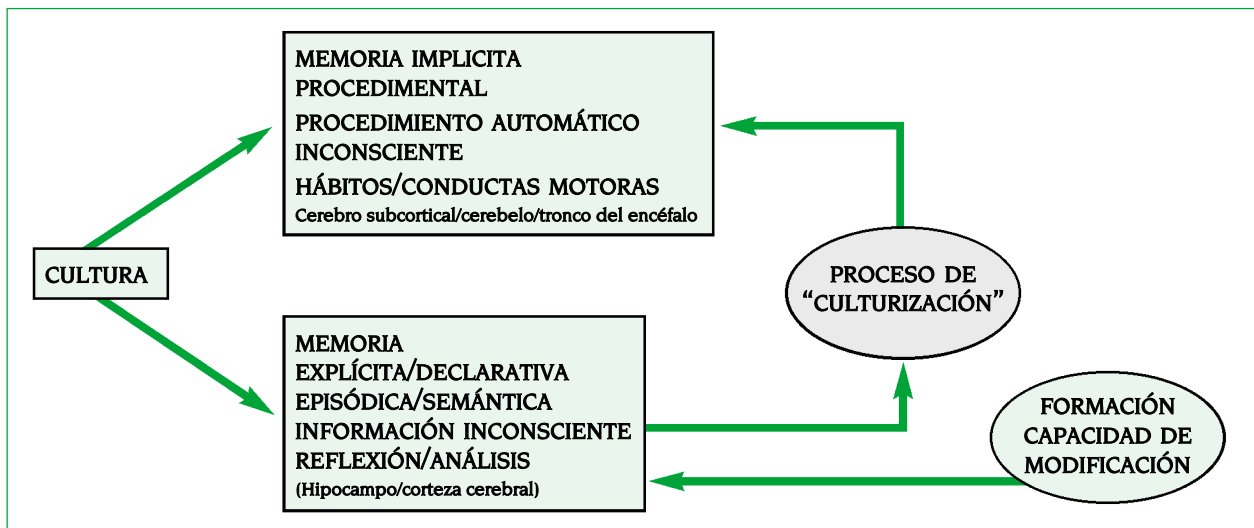
El cerebro, frente a la habituación de determinado fenómeno se aleja emocionalmente de la respuesta primera y mecaniza, llamémoslo así, una conducta automática, lejana, inconsciente (el mecanismo consciente de la corteza cerebral ha dado paso al mecanismo inconsciente subcortical), se ha automatizado una respuesta de indiferencia frente al hecho percibido, el cerebro ha hecho un proceso de aprendizaje por el que ha minimizado el peligro y lo ha relegado a un estrato “cultural”. Es una respuesta culturalmente relegada al olvido (no del todo, por supuesto) que no incita a más respuesta que la indiferencia (que también es una respuesta planificada anteriormente como eficaz ante el hecho percibido como no importante)

No ver directamente el accidente, aunque se sepa de su existencia, no percibirlo de inmediato y cercano al sujeto, posibilita la ejecución de un código cerebral lejano, cognitivo, frío, que carece del sentido inmediato que mueve a la acción (Mora). Hallarse frente al accidente, percibir de una manera clara el riesgo, mueve un código “caliente”, de índole emocional, que obliga a la respuesta inmediata (sensibilización versus habituación). La cultura promueve (y es necesario que así lo haga por lo que hemos contado anteriormen-



te, por la necesidad de mecanizar respuestas) alejamientos de la realidad concreta, aceptando que la acción se ha normalizado como respuesta a la no percepción del riesgo.

Es interesante destacar el juego de la consciencia-inconsciencia que se establece en todo este proceso. Por una parte, es necesario que las acciones se automaticen, pasen a ser inconscientes, cuando su materialización requiere de la rapidez y practicidad que no permita la reflexión. Pertenecen a lo que llamamos la “memoria implícita”, la memoria de los hábitos conductuales, de las respuestas mecánicas. Se trata de un proceso subcortical. Pero, por otra parte, estos procesos parten de una situación plenamente consciente que es “deshabituada” frente a la carencia de necesidad de acción. Es entonces cuando son relegados, también a la memoria implícita. Esto quiere decir que son “almacenados” en esa caja que hemos denominado “cultura” y que sirve para todo lo bueno, como decíamos, pero también para la inactividad, lógica, de aquellos estímulos que no requieren actuación inmediata y contundente. Cuando el riesgo no es percibido como un agresor permanente, vivo y con capacidad de acción inmediata, pasa al estadio de “cultura” inactiva, de memoria que en su día fue capaz de generar respuestas inmediatas pero ahora ha



sido aletargada. Es necesario, por lo tanto, un nuevo disparo emocional que “despierte” la memoria deseada. Esto es, como decimos, el mecanismo de la sensibilización.

Aplysia es un tipo de caracol marino que ha sido utilizado (Kandel, entre otros) por numerosos neurocientíficos para realizar estudios sobre el aprendizaje (o memoria a largo plazo, que es lo mismo prácticamente). Aplysia tiene pocas neuronas, unas 20.000, y por ello pueden realizarse estudios con gran facilidad (parece, además, que tales neuronas son de gran tamaño). La realidad es que se ha constatado que aplysia es capaz de generar cambios biológicos de comportamiento aprendidos. Cuando se lanza un chorro de agua sobre las branquias del animal, lógicamente éste las contrae ante el posible peligro, pero cuando el estímulo es constante y no se identifica con ningún daño concreto, aplysia se “acostumbra” a ello, se habitúa. Esto quiere decir que deja de contraer sus branquias ante el estímulo. Las neuronas sensitivas sí detectan el estímulo (esto es muy importante y supone el objetivo del estudio) pero la asociación de dichas neuronas con las motoras, que son las que determinarían la respuesta, no existe, de manera que el caracol no responde de ninguna manera. El animal

ha aprendido por habituación a no responder a pesar de la percepción.

Para que se produjera una respuesta sería necesario pasar de la habituación a la sensibilización propiciando un estímulo lo suficientemente nuevo como para que aplysia lo detectara y, además, le obligara a actuar. Sería, inicialmente, un estímulo de carácter “emocional” en tanto supondría una respuesta homeostática de compensación ante un estímulo agresor. No estamos diciendo que al hombre le fuera necesario generar un estímulo de estas características para que se llegara al proceso de sensibilización y menos que tal estímulo fuera necesario modificarlo de tanto en tanto para negar su habituación (su “culturalización”). Lo que sí podemos decir es que sería necesario plantearse un mecanismo de sensibilización lo suficientemente eficaz para que el humano mantuviera la situación de “alerta” ante los posibles estímulos agresivos. Podríamos decir que el hombre, frente a la aplysia, dispone de un cerebro racional capaz de potenciar situaciones reflexivas a partir del análisis consciente del entorno. Podríamos hablar del paso de la memoria explícita (declarativa) a la memoria implícita. Los hábitos de conducta se han perpetuado en la memoria “procedimental”, de manera que ya no responden a procesos reflexivos.

Y... AL FINAL, LA FORMACIÓN, COMO SIEMPRE

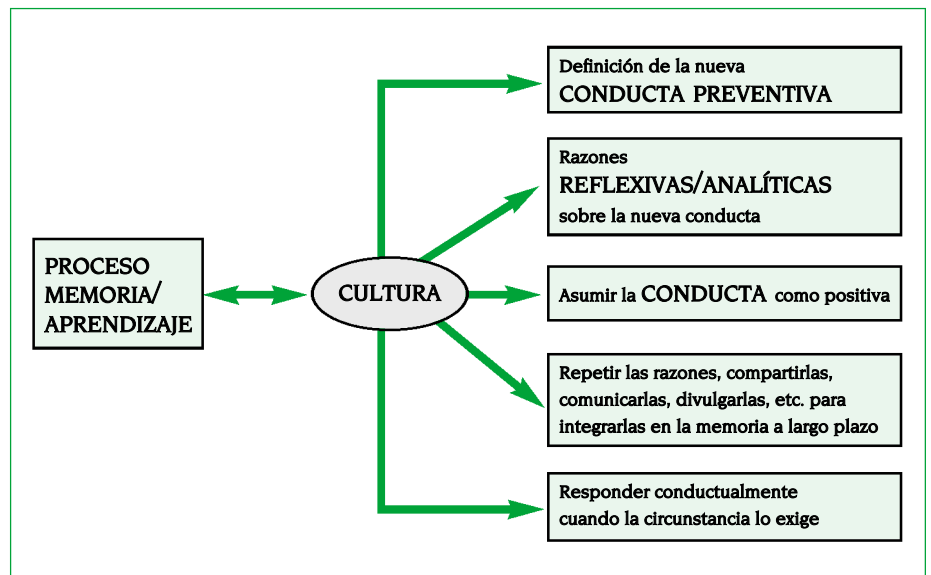
Las personas, como decimos, extinguimos los recuerdos por habituación. Debemos recordar que la extinción de un recuerdo, no un simple olvido, es en realidad un nuevo aprendizaje. Los mecanismos neurales propios de la adquisición de un aprendizaje son los mismos que se ponen en marcha para posibilitar la extinción de un recuerdo y, en consecuencia, de aquello que fue aprendido en su momento. La característica de “aprendizaje” nuevo en un fenómeno de extinción es sumamente importante en tanto, y en el caso de la prevención es más notorio, la habituación capaz de extinguir una conducta preventiva es tan compleja como la generación de un hábito seguro de conducta. Desgraciadamente, son muchas las circunstancias y las situaciones propiamente culturales que nos llevan a adquirir ese aprendizaje adverso a una respuesta preventiva. Si el aprendizaje permanente (memoria a largo plazo, memoria implícita o memoria “cultural” como podría denominarse propiamente), supone la intervención genética en la síntesis de nuevas proteínas que posibilitarán el aumento de la solidez sináptica, el “desaprendizaje”, la extinción de una conducta supone el mismo complejo mecanismo. De ahí que no podamos hablar alegremente de que las personas actuemos de una manera u otra por razones efímeras, la conducta humana es determinada por un complejísimo mundo que requiere tiempo para ser modificada... el tiempo “cultural”. El cerebro crea o extingue recuerdos/aprendizajes potenciando o inhibiendo memorias que residen en espacios subcorticales (amígdala, fundamentalmente). Ello supone que cualquier conducta, en este caso cualquier conducta deseada que actúa positivamente en prevención, deberá ser tratada “con tiempo”

(remarquemos la circunstancia) para permitir que dichos elementos sustancien la respuesta de forma duradera. Modificar la conducta de una persona que, culturalmente, ignora un peligro supone generar una nueva memoria a largo plazo que se integre plenamente en las vivencias subjetivas y que obligue a una nueva interpretación de la realidad y ello determine una nueva forma de actuar.

De una manera u otra, regresamos a la eterna formación, pero indicando algún dato diferenciador:

- Formar a un adulto es modificar una conducta ya existente. Normalmente dicha actuación se halla integrada en la cultura del grupo, de manera que resulta inconsciente para el individuo.
- La cultura supone el conjunto (básicamente inconsciente) de mecanismos determinantes de una respuesta. Ello quiere decir que suele materializarse como memorias/aprendizajes de carácter implícito.
- La realidad ha inhibido posibles respuestas positivas ante situaciones de riesgo, al no darse frecuentemente o al ser minimizadas por diversos intereses o necesidades. Ello puede llevar a la extinción total de la respuesta.
- Posibilitar una respuesta positiva ante el riesgo supone formar en el más amplio sentido de la expresión, es decir: supone crear deliberadamente una conducta, potenciarla, repetirla, divulgarla, estudiarla racionalmente, “hablar” de ella, no permitir que el recuerdo “muera” o se desvanezca paulatinamente,...hasta la inhibición. Supone la repetición y el mantenimiento constante de su vitalidad.
- Finalmente, formar quiere decir integrar en la “nueva cultura” la conducta deseada de manera permanente y operativa, no como una mera curiosidad puntual que cubre algún tipo de exigencia administrativa.

En una palabra: la cultura (de prevención) no es ni mala ni buena, no es nada en sí mismo sino, únicamente, el mecanismo que permite proporcionar una respuesta coherente ante un hecho concreto (que no es poco, por supuesto). Ello implica la memoria y ella la capacidad de aprendizaje. Pero tanto posibilita respuestas “buenas” como “malas”, deseadas o no deseadas. Todas ellas pertenecen a la cultura. El objetivo es modificar las respuestas negativas, las que no nos interesan pero que han sido asumidas (meméticamente) de manera inconsciente (aunque puedan tener una base generada por intereses concretos). Pero el aprendizaje no es fácil. Requiere unas exigencias complejas, unos métodos claros y



perdurar en el tiempo. La formación debe hacerse entendiendo que debe perdurar, fundamentalmente, y que es muy probable que se oponga a alguna variable cultural integrada anteriormente. Es la cultura contra la cultura. Extinguir recuerdos negativos para aprender acciones preventivas nuevas.

BIBLIOGRAFÍA

- Damasio, Antonio, R. *El error de Descartes*. Editorial Crítica S.A., Barcelona, 2001.
- Dawkins, Richard. *El gen egoísta*. Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1993.
- Froufe, Manuel. *El inconsciente cognitivo. La cara oculta de la mente*. Editorial Biblioteca Nueva, S.L., Madrid, 1997.
- Goldberg, Elkhonon. *La paradoja de la sabiduría*. Editorial Crítica. Barcelona, 2007.
- Goleman, Daniel. *Emociones destructivas. Cómo entenderlas y superarlas*. Editorial Kairós, S.A., Barcelona, 2003.
- Güell, Isabel, *El cerebro al descubierto. De la emoción a la palabra*. Editorial Kairós. Barcelona, 2006.
- Mora, Francisco. *Neurocultura. Una cultura basada en el cerebro*. Alianza Editorial. Madrid, 2007.
- Morgado, Ignacio (edición de). *Emoción y conocimiento. La evolución del cerebro y la inteligencia*. Tusquets. Metatemas. Barcelona, 2002.
- Morgado, Ignacio. *Emociones e inteligencia social. Las claves para una alianza entre los sentimientos y la razón*. Ariel. Barcelona, 2007.
- Ratey, John J. *El cerebro: manual de instrucciones*. Grupo Editorial Random House Mondadori, S.L., Barcelona, 2002.
- Rubia, Francisco J. *El cerebro nos engaña*. Booket. Temas de hoy. Madrid, 2007.
- Ruffié. *De la biología a la cultura*. Flammacion, Deuxième volume, 1983.
- Soumireu-Mourat, Bernard. *Mille cerveaux, mille mondes. Apprentissage et mémoire*. Nathan, París, 1999.



Acciono los bueyes de hierro que plantan los brotes de arroz. 1977.
W. Xianqing. People's Publishing House, Shanghai.